

ENCANTOS Y MARAVILLAS DE SALAMANCA: EL VIAJE DEL SALESIANO LUIGI ZILIANI

MILAGRO MARTÍN CLAVIJO*

RESUMEN: Luigi Ziliani publica en 1927 un libro sobre su viaje a España que lleva el sugerente título de *Encanto de España*, basado en su estancia en nuestro país en 1924. En este volumen Luigi Ziliani nos regala una estupenda y pormenorizada descripción de la ciudad, centrándose especialmente en su arte, en el artista que más define la ciudad, Churriguera y en la piedra salmantina por excelencia, la piedra de Villamayor, que se entrelaza con su historia, tanto antigua como la más reciente.

ABSTRACT: In 1927, Luigi Ziliani published a book about his trip to Spain with the suggestive title *The Charm of Spain*, based on his stay there in 1924. In the book, Luigi Ziliani gives us a marvellous and detailed description of the city of Salamanca, focusing particularly on its art, on the artist that best defines the city, Churriguera, and on the stone that is characteristic of Salamanca, Villamayor stone, which is entwined with its history, both ancient and recent.

PALABRAS CLAVE: Ziliani, viaje, Plaza Mayor, Clerecía, catedral, universidad, piedra de Villamayor, Churriguera.

* Universidad de Salamanca.



Portada de la primera publicación del viaje a España de Luigi Ziliani, Fascino di Spagna

Luigi Ziliani publica en 1927 un libro sobre su viaje a España que lleva el sugerente título de *Encanto de España*¹ y un largo subtítulo en el que se intenta explicar ese encanto: relato anecdótico de un viaje de 6.000 kilómetros: panoramas luminosos, mágicas visiones de arte, huellas romanas descubiertas e ilustres glorias italianas, historias, leyendas y discusiones religiosas y sociales, nueva luz sobre el origen italiano de Colón. Se trata de un libro voluminoso en el que Ziliani recorre distintas partes de España y va ilustrando su patrimonio artístico, sus costumbres, su historia. Parada obligatoria de nuestro viajero será Salamanca a la que dedica todo un capítulo, “Arte y ciencia”.

La edición de 1927, con una tirada de tres mil copias, tuvo tanto éxito que se agotó en un año escaso, lo que llevó al autor a reeditar su libro. Cuando lo publique en 1930, el volumen aparecerá con otro título, más sintético y expresivo, como afirma Ziliani, *España maravillosa*, y se presentará mejorada y ampliada. En la carta a los lectores que aparece en esta edición el autor señala el objetivo de su obra: “Descubrir

la sangre de Roma y el esplendor de Italia en el semblante de España, que es lo que es, expuesta a su verdadera luz, sin los retoques de los escritores partisanos que confunden historia y leyenda. En el libro encontraréis la España vista por uno que ha estado allí, que ha vivido un año entre sus gentes”² (*Spagna meravigliosa*, p. 9).

Un libro que fue todo un éxito en su época y que, aparte de su pronta reedición, cuenta también con los elogios de Alfonso XIII, de Primo de Rivera, del arzobispo y nuncio apostólico en Madrid, Federico Tedeschini, y del rector de la Pía Sociedad Salesiana, Filippo Rinaldi. De *Encanto de España* destacan “el espíritu con el que ha visitado esta gloriosa tierra y la difícil y sana independencia de

1 ZILIANI, Luigi. *Fascino di Spagna: racconto aneddotico di un viaggio di 6000 chilometri: panorami luminosi, magiche visioni d'arte, ritrovate orme romane ed illustrate glorie italiane, storie, leggende e discussioni religiose e sociali, nuova luce sulla italianità di Colombo*. Brescia: Morcelliana, 1927, pp. 399-426. La traducción es de Milagro Martín Clavijo.

2 ZILIANI, Luigi. *Spagna meravigliosa. Nella storia, nell'arte e nella vita. Documenti sulla italianità di Colombo*. Bergamo: Società editrice S. Alessandro, 1930.

prejuicios con que ha descrito su largo y exitoso viaje de estudio”³ y también la importante labor de difusión de España, como señala Filippo Rinaldi:

Es verdad que España es todavía una desconocida para los italianos y, por tanto, Usted ha llevado a cabo una buena obra, tanto desde el punto de vista cultural como nacional, cuando ha escrito este volumen que espero que será verdaderamente fascinante. España debería ser nuestra verdadera hermana, pero muchas ideas de gente recelosa la han alejado demasiado de nosotros⁴.

Luigi Ziliani llega España en 1924: “Una tarde lluviosa del noviembre de 1924, llamé a la puerta septentrional de España, bajando del tren francés en la estación de Portbou, en la playa del Mediterráneo.

Había dejado Italia cuatro días antes y había atravesado Francia a etapas” (*Spagna meravigliosa*, p. 11).

Las razones de su viaje a España las expone el propio autor en el primer capítulo de su obra, “De los Pirineos al mar. Color local”:

Me dirigía al sur buscando sol, azul y flores. Me seducía pensar que iba hacia un país romántico, lleno de memorias, luminoso por su arte, alegre por los matices orientales; me tentaba la idea de llegar a un mundo todavía desconocido para mí, aunque ya vivo y real en la imaginación que se había forjado una España seductora, como un hermoso volumen encuadernado en piel, decorado con orlas de oro y repujado en plata, lleno de miniaturas expresivas, un álbum de acuarelas en el que los paisajes se desvanecen y el arte es un producto de la fantasía y del sueño. Por otro lado, el encanto de poder pasar el invierno en un clima templado, en la tierra donde florece el naranjo, la posibilidad de llegar hasta la punta meridional de Europa, junto al Estrecho donde se juntan dos continentes y se encuentran dos razas, ejercía sobre mí una sugestión a la que sólo con mucha dificultad uno se puede resistir (*Spagna meravigliosa*, pp. 11-12).

Como el propio viajero dice, se trata de motivos personales, pero no los únicos por los que viene a España, no el fundamental:

Nada de turismo, sino estudio. Hacer conocer a los italianos un mundo tan cercano, pero tan desconocido para la mayoría; recordar su historia que tiene tantos contactos con la nuestra en un intercambio de influencias, de supremacía, de dominaciones; examinar la otra rama que brota de la misma cepa latina, animada por la misma savia, descubriendo así en la misma vía a dos pueblos que escribieron juntos páginas inmortales, encuadernadas en el mismo volumen de la civilización humana: éste es el objetivo del viaje.

3 Carta de S. E. Mons. Nuncio Apostólico de Madrid, Federico Tedeschini, en Madrid, 24 de enero de 1927, en *Spagna meravigliosa*, p. 7.

4 Carta del Reverentísimo Señor don Filippo Rinaldi, en Turín, 5 de febrero de 1927, en *Spagna meravigliosa*, p. 7.



Portada de la versión definitiva del viaje por España de Luigi Ziliani, *Spagna meravigliosa*

Aquí está el objetivo de forma más determinada: buscar y descubrir con corazón italiano las huellas de la gran madre Italia bajo el mismo cielo latino, rebuscar en cada ángulo de la península, bañada por el mismo mar, nuestros recuerdos de potencia y de gloria, de grandezas y de heroísmos y, fundamentalmente, hacer revivir con apasionado fervor de patriota las figuras de nuestros grandes genios, oscuros o recordados, olvidados o discutidos que han honrado a Italia por todas partes.

Para poder conseguir ese resultado había que hacer una cosa muy simple: ir a ver. Por eso, un buen día cogí la maleta y me dirigí a España (*Spagna meravigliosa*, p. 12).

Ziliani recorrerá gran parte de España, de norte a sur: Cataluña, Valencia, Murcia, Andalucía, Madrid, las dos Castillas y Aragón. En el último tercio de su viaje el salesiano italiano pasará por Salamanca donde se quedará una semana que dedica a visitar la ciudad y a ir a la biblioteca, como él mismo nos cuenta: “Buena parte del tiempo la he transcurrido en la biblioteca de la Universidad, buscando en códices y manuscritos el abundante material informativo que, unido a la recopilación de Sevilla y Madrid, han servido para compilar este volumen. El resto del tiempo lo empleé en las visitas y las excursiones artísticas” (*Fascino di Spagna*, p. 424).

El capítulo empieza con el viaje a Salamanca en tren desde El Escorial, pasando por Ávila y Medina del Campo. Como el propio autor afirma, para visitar la ciudad, cuenta con un guía ilustre, Luis Maldonado, entonces rector de la Universidad de Salamanca y gran conocedor de la ciudad, por tanto las conclusiones de su experiencia en Salamanca ya las adelanta desde el principio: “Con tal doctísima y autorizada guía, mis excursiones salmantinas fueron un verdadero placer de ciencia y arte” (*Fascino di Spagna*, p. 404). La presencia de Maldonado permite a nuestro autor introducir el diálogo en su descripción, lo que le da mayor ligereza al texto y, sobre todo, le da pie para introducir distintas temáticas que, aunque de gran interés, no presentan una relación directa e inmediata con el tema que les precede. Esto le es muy útil a Ziliani sobre todo cuando introduce temas de carácter histórico, anecdótico, no estrictamente artístico, mientras que es el arte el que motiva el recorrido que va a realizar, es decir, la visita a los distintos monumentos.

En este volumen Luigi Ziliani nos regala una estupenda descripción general de la ciudad, centrándose especialmente en su arte y en la piedra salmantina por excelencia, la piedra de Villamayor, que se entrelaza con su historia, tanto antigua como la más reciente:

En una ciudad tan antigua, donde cada piedra lleva el sello de una belleza nueva, las sorpresas se encuentran a cada paso y en la rápida sucesión de las visiones se echa en falta la libertad para elegir. Todas las casas, humildes o patricias, se presentan con fachadas elegantes, con agujas y portales y balcones de buen gusto. Churriguera ha creado, de hecho, una ciudad propia y en aquellos lugares donde se ha posado su cincel, ha dejado impresa su huella de estilo. Es el estilo salmantino. La piedra dorada de las sierras vecinas fue el único material de construcción de esta pequeña Roma monumental que, al atardecer, toma el color de tenue púrpura y justifica el nombre poético que le otorgó René Bazin de “ciudad rosada”. Sin embargo, estos edificios son macizos y solemnes por los que se nota que han pasado cinco o seis siglos que parece que se han quedado dormidos en plazas teatrales alegradas por verdes parterres, tienen un aire de misterio y, por las calles, los pasos de los viandantes producen ecos portentosos.

La leyenda corre por los atrios silenciosos, sombreados por los grandes portones adornados con quimeras, por las salas con frescos, y sale a los balcones rodeados de parapetos corroídos. Aquí doña María Labrada trajo las cabezas de los asesinos de su único hijo, a los que dio caza sin piedad hasta llegar a Portugal; en otro lugar, son los Maldonado que luchan contra los extranjeros flamencos siguiendo a Carlos V; y el escudo con cinco estrellas nos recuerda el fuerte temple del franciscano cardenal Cisneros, penitente siempre, también en la cumbre del poder político, como regente de España tras la muerte del rey Fernando el Católico”. (*Fascino di Spagna*, p. 424).

Como es de esperar, la visita comienza por la Plaza Mayor, todavía hoy centro neurálgico de la ciudad:

Es el corazón de la ciudad. Aquí confluyen y de aquí parten las principales calles que desde el centro van hacia la periferia. La plaza es un inmenso cuadrado de mármol, cerrado por edificios y porticados simétricos, dominados por la preciosa fachada del Ayuntamiento. Esta plaza parece más bien el patio con jardín de un solo edificio de tres pisos, con balcones en todos los lados. En el pasado fue también plaza de toros; hoy es el centro del comercio de Salamanca. Fuera de aquí se desarrolla la actividad religiosa, intelectual y artística de la ciudad y a dos pasos se encuentra la zona monumental (*Fascino di Spagna*, p. 405).

Ziliani continúa su visita por el centro histórico, adentrándose por lo que él define como “callejuelas retorcidas y mal adoquinadas”, lo que hace que la sorpresa

que le tiene preparada Maldonado sea todavía mayor. Nuestro viajero se encuentra delante de la imponente Clerecía:

Me encontraba a los pies de dos gigantes que habían aparecido de improviso como salidos de la tierra en ese mismo momento, erguidos, macizos, hercúleos. A ambos lados de la fachada de una iglesia se erguían dos campanarios como dos granaderos de centinela. Verdaderamente se trataba de una sola fachada, toda en armonía, imponente en sus mismas líneas arquitectónicas, y sólo después del segundo cuerpo las torres se alzaban por su cuenta a 72 metros del suelo. Completaba el espectáculo una gran cúpula de otro estilo demasiado macizo, pero bonita. Lo que más impresionaba en la Iglesia de la Clerecía, oficiada entonces por los jesuitas y anexa al Seminario Diocesano, era la imponente mole de piedra junto a los pilares colosales que se presentaba tan de repente al girar una callejuela o al enfilar una rectilínea. En el interior, rico de columnas, dominaba un majestuoso altar mayor (*Fascino di Spagna*, p. 405).

A lo largo de todo el capítulo dedicado a su visita a Salamanca nos encontramos con un tema recurrente: la alabanza de Ziliani a Churriguera y su arte. A nuestro autor le fascina cómo trabaja la piedra de Villamayor, cómo la moldea y cómo entre artista y piedra han sabido crear un estilo único que será el que defina, sin lugar a dudas, a toda la ciudad, no solamente ahora que nos está describiendo la Clerecía, sino también más tarde, cuando hable de las Conchas, de San Esteban y, en general, en sus reflexiones más generales sobre la ciudad.

Es obra de José Churriguera, me explicó mi docto profesor. Ese altar es un buen ejemplo de su arte. Salamanca fue el principal campo donde se desarrolló la actividad artística de Churriguera que creó una nueva forma decorativa. Un puente entre el Renacimiento y el Barroco. Cada época tiene su propio carácter, pero entre una época y otra hay matices. Ahora bien, el Churriguerismo no es el Barroco exagerado, sino que ha sabido revestir la rigidez de las líneas clásicas con vestidos de buen gusto. Se podría decir que es la simiente dejada por el Gótico florido y que germinó más tarde y de manera más vigorosa. Churriguera simpatiza con las columnas en espiral y prefiere los capiteles de orden compuesto. Su arte es típicamente español, ha tomado el espíritu del Romanticismo y le ha dado una forma plástica, copiando a la perfección sobre la piedra la decoración de la madera, formando, de esta manera, un verdadero clásico local. Verá otras iglesias y edificios del mismo estilo. Salamanca está llena (*Fascino di Spagna*, p. 405).

La calle Compañía está llena de verdaderas obras de arte: tras admirar la Clerecía, Luigi Ziliani se da la vuelta y se encuentra frente a la Casa de las Conchas:

Original este palacio, una maravilla única en el mundo. Tiene el aspecto de un castillo con torres, pero la decoración extraña y variada le proporciona una nueva belleza. Las paredes se encuentran salpicadas con grandes conchas coloca-

das simétricamente, como si la piedra de color amarillo-oro estuviera en flor. Hay algún millar de conchas pegadas sobre los bloques superpuestos y cuando el sol pega oblicuamente en la fachada y la cubre de oro, las conchas se separan del fondo de sombra y parecen moverse para cambiar de lugar. Una antigua leyenda narra que allí se encuentra escondida una libra de oro debajo de cada concha. Los franceses invasores mordieron el anzuelo, intentaron despegar alguna y se quedaron con un palmo de narices. Las conchas son de piedra calcárea y están adheridas perfectamente a las paredes. Es una verdadera joya artística y la combinada fusión de tantos estilos la embellece. Ventanas y puertas tienen una decoración fantástica y las rejas son obra valiosa. El *patio* tiene abundantes esculturas, columnas, motivos ornamentales variados y delicados: la balaustrada superior es un trenzado de mimbre en piedra. Trabajo paciente, genial, sobre un material que se ha prestado al cincel como si fuera arcilla (*Fascino di Spagna*, p. 406).

La Casa de las Conchas, también de estilo churrigueresco, con las cabezas de león y la flor de lis en los escudos y en la crestería en la parte más alta, marca de fábrica borbónica, como observa el autor. Pero su atención se centrará sobre todo en lo que hace que este palacio sea especial y que le da nombre, las conchas: “la concha del apóstol pelegrino en España no se puede no recordar con insistencia” (*Fascino di Spagna*, p. 406), como observa el rector.

A pocos pasos se encuentra la catedral, “la primera maravilla arquitectónica de Salamanca” (*Fascino di Spagna*, p. 406), en el centro de una zona monumental muy rica que, como bien le explicará Maldonado, ha hecho que a Salamanca también se la llame la ‘pequeña Roma’:

Junto a la catedral no encontrará una casa, un edificio cualquiera que no haya recibido el crisma del arte. Churriguera ha dejado su huella por todas partes. Aquí la piedra tiene que florecer y se presta como la creta a cualquier trabajo que sea muy delicado y difícil. Y es piedra resistente a las inclemencias del tiempo. Una floración criptograma trenza una especie de tejido sobre la superficie, une y solda las células y recubre la piedra de una pátina viscosa por la que el agua discurre por encima como sobre la cera y, de esta manera, la piedra adquiere una consistencia rara. El paso del tiempo que hace caer a los monumentos aquí se revela impotente (*Fascino di Spagna*, p. 408).

A la visita a la catedral dedicará Ziliani varias páginas: nos describirá primero la catedral nueva, tanto desde lejos, como desde muy cerca, la recorrerá por completo por fuera y por dentro. Se trata de una descripción muy pormenorizada que nos revela a un viajero que verdaderamente entiende de arte, que maneja con precisión sus términos más técnicos y, sobre todo, que sabe convertir un texto técnico y difícil en un poema lleno de lirismo y admiración:

Ya la masa inmensa de piedra se perfilaba en el cielo como una montaña poblada de abetos. Desde lejos el ojo podía abrazarla toda de una vez y medirla

desde los pies hasta la cima. Parecía una colina con tres terrazas dominada por un pico gigante. Desde cerca las figuras se separaban, las sombras desaparecían y la catedral se revelaba con todos sus detalles. Junto a las paredes crecían los pilares y, una vez superada la crinera, se afilaban para terminar en punta. Los pináculos se alargaban, se perseguían por cada lado, se adelantaban en competición para superarse y emerger, escalando los contrafuertes externos para alcanzar la cima del campanario. En el cielo destacaban pintorescamente las ágiles antenas, los sutiles pilares, las flechas a punto de florecer. En el contorno del vasto y verde campo, bajo el azul del cielo, las 200 agujas de color oro parecían espigas de trigo maduro. La torre mayor crecía alta como un tallo gigante. Me acerqué. ¡Una maravilla!

La fachada de poniente, llamada del Nacimiento por el hecho evangélico reproducido, es verdaderamente sorprendente. Vista al atardecer es un poema de belleza. La piedra amarillenta se cubre de oro y manda los resplandores propios de un incendio. Todo toma vida en ese palio, imponente como un tapiz tejido con tramas de oro. Los arcos se extienden, las columnas se afilan, los detalles de las ménsulas y de los baldaquines destacan en el juego de luces y de sombras, las filigranas y los adornos parece que ondean al viento. Un centenar de figuras se animan en las hornacinas horadadas, vuelan los ángeles, saltan los pájaros, tiemblan las hojas, sonrín las vírgenes de alegría, las espadas en la mano de los santos vibran como relámpagos. Los particulares forman un conjunto unido; las cabezas, las flores, las hojas, los marcos, gozan y se regocijan con un solo pálpito. Incluso la escena sangrienta del Calvario colocada en alto, parece más trágica en la figura del crucifijo que baja la cabeza para acercarse a la tierra y purificarla. El sol que se pone la envuelve en un manto de oro. Un milagro de arte que revela cada instante bellezas nuevas (*Fascino di Spagna*, p. 407).

Nuestros visitantes se adentrarán en esta joya salmantina por la puerta de Ramos,

llamada así por el altorrelieve muy logrado de la entrada de Jesús en Jerusalén. El lugar es muy amplio. Las tres naves están divididas en 16 grandes pilares, cada uno de los cuales reúne 16 columnas unidas para sostener el peso enorme de la bóveda. De estos pilares parten después los cordones que suben entrelazándose rápidamente para reunirse en lo alto bajo un medallón como si fuera un broche. La luz vibra de lleno y las vidrieras ilustradas hacen todavía más fastuoso el lugar. Si no estuviera el coro en medio, la visión del conjunto sería completa. Se diría gótico, si la decoración plateresca no nos llevase al siglo XVII. De hecho, aunque comenzó en 1513, la catedral se terminó dos siglos más tarde. Todos los elementos nos lo confirman: la cúpula aérea, las bóvedas floridas y doradas, los capiteles alegóricos.

Dos galerías superpuestas discurren alrededor apoyándose en la cornisa. Son ligeras, adornadas con encajes, maravillosas. En los arcos los frisos son delicados y se entrelazan con los bajorrelieves en tenues desarrollos florales. Las pequeñas

columnas se visten con coronas y festones, los espejos proponen raras y extrañas fantasías y el motivo decorativo es limpio y claro. El trabajo de los cinceles y de las escofinas fue sabio y paciente. A menudo ciertos tallos de flores con sutiles salientes resaltan sobre la piedra casi enteramente desprendidos, pero horadados con agilidad. La elegancia más refinada, más precisa en todas partes; la piedra rosada salmantina se ha prestado como cera a todos los tipos de arte y el cincel ha traducido en la plástica un pensamiento, una idea (*Fascino di Spagna*, p. 408).

Un simbolismo cristiano se encuentra por todas partes: el mundo vegetal y animal con la riqueza de su flora y fauna está en los capiteles y en las pilastras rampantes para representar virtudes y pecados. El arte cristiano es esencialmente simbólico. Más allá de la realidad sensible hay un mundo inexplorado e inaccesible a los mortales: es el misterio. Es natural, entonces, que se quieran reproducir las escenas del misterioso mundo con figuraciones aproximativas de esa verdad. Divinidad y virtud, jerarquías y sacramentos, luchas y victorias, esperanza y amor aparecen presentadas bajo el envoltorio del símbolo que, elevando mente y corazón a altas esferas, no turba, sino que alegra y satisface. El simbolismo primitivo, simple, inteligible está en los motivos decorativos, pero en el ábside donde se celebra el Misterio está expuesta la realidad histórica del hecho: las escenas de los martirios, las imágenes de los santos y, sobre todo, el crucifijo (*Fascino di Spagna*, p. 409).

Desde el interior de la catedral nueva, se pasa directamente a la otra catedral, la vieja, del siglo XII:

Se bajan algunos escalones y nos encontramos en una sala de unos cincuenta metros con tres naves. Los elementos arquitectónicos: galerías, puertas monumentales, columnas, pilastras, marcos, frisos, se han fundido armónicamente para constituir una obra de arte románica, la primitiva, que se asemeja al bizantino. Oriente y occidente se han dado la mano para embellecerla. El ábside decorado en la bóveda de bellos mosaicos con fondo de oro es de gusto bizantino. Por el contrario, los capiteles de los diez pilares documentan con su variedad las distintas épocas de construcción. Encuentro allí la fuerza románica y el idealismo ojival. También aquí brilla una luz italiana. La pala central presenta 55 cuadraditos pintados por el florentino Nicolò. La catedral servía como cementerio de lujo y muchos sarcófagos románicos con filigranas góticas y muchas lápidas sepulcrales, extendidas en el suelo, pertenecen a distintas generaciones (*Fascino di Spagna*, p. 409).

Luigi Ziliani es un viajero lleno de curiosidad. Algunos pequeños detalles le llaman la atención y se centra en ellos, como cuando lee un epígrafe en la catedral vieja:

Un nombre leído de casualidad en un epígrafe me llama la atención. Me paro, miro mejor y leo: Infanta Mafalda, hija del rey Alfonso VIII, muerta en 1244. El bajorrelieve reproduce la escena del funeral con el cortejo de las plañideras, contratadas a tanto la hora o a peso de lágrimas" (*Fascino di Spagna*, p. 409).

Otras veces comparte con nosotros una reflexión personal y meditada como la que ilustra su visita a la catedral:

Estas viejas catedrales, aunque abandonadas, quebradas, deshechas, se mantienen siempre organismos vivos que proclaman la fe con una augusta y silenciosa protesta, no contra los siglos que pasan, sino contra la ingratitud de los hombres que no recuerdan. Esta protesta a veces se hace en el festón de hiedra que completa la ojiva quebrada por la barbarie, en las figuras mutiladas por el furor revolucionario, en el capitel quebrado sobre el que la golondrina piadosamente construye su nido de amor, en los sepulcros de los paladines de Cristo y de la patria, acostados en la tumba marmórea, con la cabeza escondida en el yelmo que reposa sobre la almohada de granito, con la cruz de la espada empuñada por las manos unidas: todas las cosas que sirven para distraer a los turistas y a los curiosos sin agitarlos. Sin embargo, las revelaciones de un mundo que dejó de existir recuerdan siempre un mundo donde las cosas infinitas no mueren nunca. Y, por esto, todo el que reflexione un poco se convierte enseguida en un filósofo frente a un monumento. Parece incluso que las ideas corran sobre las piedras pulidas por los siglos, como los fuegos fatuos vagan sobre las tumbas que encierran a los cadáveres.

En el claustro hay mucho para meditar. Es un pequeño mundo antiguo. Fue un lugar de oración, de estudio, de sepultura; templo, escuela, cementerio. Hoy, a la distancia de tantos siglos, se respira todavía esa atmósfera de oración y de ciencia, de paz silenciosa que expresan las siete capillas, el porticado, los sarcófagos. La pátina del tiempo ha dado a las piedras los matices del bronce y la técnica primitiva revela el contenido espiritual que da valor al arte (*Fascino di Spagna*, p. 410).

Ziliani arremete en determinadas ocasiones contra los franceses, contra los invasores que “se han llevado lo mejor y han mutilado el resto, destrozándolo todo con la furia bestial de unos bandidos. Y todavía, no contentos, transformaron estas capillas en cocinas, ahumando techos y paredes de donde desapareció el dorado de los ricos frisos” (*Fascino di Spagna*, p. 410).

Pero la mirada de nuestro viajero italiano vuelve siempre al arte, al monumento que tiene delante y que no puede no atraer su atención. Estamos en el claustro en el que “nació la universidad y el mundo entero miraba aquí al sagrario de la ciencia. Sólo existían cuatro universidades en la Edad Media: Boloña, París, Oxford y Salamanca. E incluso después de la construcción del edificio de la universidad se siguió concediendo a este claustro el privilegio de la asignación de los grados académicos” (*Fascino di Spagna*, p. 411).

Luigi Ziliani entra ahora de lleno en la Universidad, pero no como conjunto artístico ya que todavía no se encuentra físicamente allí, sino en su historia, en sus costumbres. Hay detalles del mundo universitario salmantino de hace varios siglos que a Ziliani se le escapan y que le resultan especialmente interesantes y curiosos, como el mecanismo de los exámenes y de la graduación:

El candidato se presentaba el día fijado por la comisión ante los examinadores reunidos en el claustro. Los parientes y los amigos lo acompañaban con gran pompa hasta la puerta que se cerraba detrás de él. Entraba solo y los demás esperaban el resultado en la puerta mayor de la catedral, desde donde se salía sólo cuando se era ya doctor. Eran 24 horas de febril espera y mientras tanto el tiempo lo pasaban entre juergas, apuestas, conjuros y preparativos para la fiesta de la graduación.

– ¿Y si suspendían al alumno?

– Entonces le hacían salir por una puerta secreta, la de los carros, y desaparecía rápidamente de Salamanca. Pero para el aprobado, ¡cuántas fiestas!

– ¿Exámenes fáciles?

– No lo crea. Antes del examen había que llevar a cabo una cantidad de ceremonias, digamos así: prácticas burocráticas. La comisión se encontraba permanentemente en la capilla de santa Bárbara. El candidato entraba con la cabeza descubierta y depositaba en seguida los impuestos bajo forma de regalos. Aquí está el listado de los regalos según el artículo 29 del código universitario de entonces. “A cada uno de los profesores le se entregaban dos doblas de castellanos, es decir, alrededor de 100 pesetas, un cirio, una caja de acitrones y otra de mermelada, una libra de confites y tres pares de gallinas”. ¿Le parece poco? ¡Gente práctica y muy glotona como ve nuestros catedráticos predecesores! Y estos regalos los exigían antes de la prueba para no tener problemas en caso de no admitirle como doctor. El examen duraba 24 horas y ningún reposo se le concedía al examinando aparte de una breve parada para la cena. El mismo artículo fija también el menú para la cena de los profesores: una perdiz o un pollo o dos tórtolas, un plato de arroz cocido con leche, fruta, vino y pan; cena servida en la misma sala de los exámenes y pagada naturalmente por el candidato. Exclusión absoluta de otros alimentos y bebidas fuera de la comida, especialmente las alcohólicas, bajo pena de importantes multas y pérdida de derechos. ¡Antecesores del prohibicionismo americano!

– ¡Un rigor de cónclave!

– Superada la prueba el candidato era conducido a la catedral y aquí delante del altar de la Virgen juraba defender la doctrina de la Inmaculada Concepción incluso con la sangre. Después se volvía a abrir la puerta central y aparecía el nuevo doctor ante la multitud de parientes y de amigos que le aclamaban como ganador. A partir de ese momento empezaba la algarabía goliardesca. La ciudad se movilizaba para la fiesta y se desarrollaba un programa festivo variado y solemne. El nuevo doctor pasaba a caballo por las calles cubiertas de banderas entre confites y flores y al son de la música. Era el ídolo del día y se le saludaba con un lema que recordaba a su tierra de origen: Si era castellano, se gritaba: “Viva la espiga”. Si era de Extremadura: “Viva el *chorizo*” (la salchicha). Si era andaluz: “Viva la aceituna” (*Fascino di Spagna*, pp. 411-412).

En el recorrido por la historia de los exámenes y las celebraciones en honor al nuevo doctor, Ziliani hace una parada para hablar de los Víctor y de la tradición

salmantina de escribir los nombres de los doctores en las paredes, una tradición que no parece agradar a nuestro viajero:

Su nombre se escribía después en las paredes de las iglesias y de las casas con grandes letras mayúsculas de color rojo con el prefijo: *Victor*.

—Ahora entiendo el porqué de esas inscripciones rojas que abundan en las paredes por todas partes en Salamanca. Se ve que la moda reprochable de ensuciar las calles es muy antigua. El proverbio dice que la pared es el papel de la chusma (*Fascino di Spagna*, p. 412).

Nuestro autor continúa con la solemne asignación del grado académico y con las fiestas que le seguían:

La asignación del grado académico tenía lugar el día después de manera muy solemne. Con igual acompañamiento ruidoso, al nuevo doctor se le introducía en la catedral donde le esperaba el cuerpo académico. Después se situaba junto al altar del lado del Evangelio, con los padrinos a los lados. De frente estaban el rector magnífico y los profesores. Seguía una serie de preguntas y de respuestas. Después el canciller leía la fórmula de asignación. Al escuchar: 'por autoridad pontificia', todos se arrodillaban. Luego un padrino hacía el elogio al nuevo doctor y con la invitación del maestro de ceremonias se presentaba al rector que le imponía un anillo y el birrete de forma cuadrada. Luego, de rodillas, leía la fórmula del juramento. A continuación recibía el abrazo del rector, de los profesores, de los padrinos y de los presentes. Más tarde, entre sonidos y cantos, salía de la catedral y sobre un caballo enjaezado volvía a dar la vuelta a la ciudad dando regalos a todos. Terminaba la fiesta con un banquete y la corrida de toros en la Plaza mayor (*Fascino di Spagna*, p. 412).

Ziliani ha hecho un repaso por cada uno de los actos que rodean al nuevo doctor, hace cuentas y no puede por menos que hacer una reflexión en alto sobre el alto precio de graduarse y, por tanto, de la difícil situación de los estudiantes con menos ingresos. Maldonado, como siempre, sabrá dar respuesta a todas sus dudas y curiosidades:

Se calcula que todo sumado los gastos superasen las 10 mil pesetas. Por esto los más pobres aprovechaban los días de luto de la Casa Real para reducir así ceremonias y gastos. Sage pinta de maravilla en su relato "El Bachiller de Salamanca" las tristes condiciones de los pobres estudiantes obligados a limpiar los zapatos a los condiscípulos más ricos. Ahora la asignación de los grados académicos se ha simplificado incluso demasiado. Se entrega al estudiante que ha aprobado el diploma de doctor y se acabó (*Fascino di Spagna*, p. 413).

Desde la catedral, que, como hemos visto, ha dado pie a Ziliani a introducir usos y costumbres de la Universidad de Salamanca, pasamos a visitar el edificio universitario al que se accede desde el Patio de Escuelas Mayores:

Para disfrutar de una visión de arte hay que entrar por el patio, en medio del cual se encuentra el monumento en bronce de Fray Luis de León (1528-1591). En el patio rectangular las paredes de las casas simétricas están adornadas con arabescos de inscripciones goliardescas y adomadas con frisos. La piedra color oro canta la poesía de las flores y de las figuras. En frente está la fachada de la Universidad con una puerta monumental majestuosa. El trabajo es muy fino, parece un palio de lámina de oro cincelado por un orfebre. Se le llamó enigma artístico. Verdaderamente forma parte de una obra incompleta (*Fascino di Spagna*, p. 413).

Será el interior de la Universidad lo que más interese a Ziliani, no tanto por su belleza artística, que también reconoce, sino por los insignes personajes que ocuparon sus aulas. Fray Luis de León se encuentra en el centro de su interés, nos hablará de su arte poético y de sus problemas con la Inquisición:

En el interior el claustro está embellecido por un altísimo cedro que llega hasta la torreta del reloj. Bajo el porticado se abren las aulas. El ojo corre a las inscripciones sobre las puertas: son frases bíblicas adaptadas a cada facultad.

Entro en una: es el aula histórica de Fray Luis de León, conservada todavía en su estado primitivo. Una cátedra y muchos bancos toscos, grabados por las generaciones estudiantiles que han dejado en ellos sus huellas con nombres con timbre en seco. Aquí el agustino Fray Luis Ponce de León enseñó literatura e historia. Estudioso insigne de la musa escribió con elegancia de estilo, por lo que se mereció el siguiente elogio por el mayor crítico español Menéndez y Pelayo: “Si se exceptúa S. Giovanni della Croce, cuyos poemas contienen el aliento de la inspiración divina, no hay en España un lírico que resista la comparación con Fray Luis Ponce de León. En la pureza de pensamiento, en la fineza de la lengua y en la sublimidad de lírica superó a los más célebres de nuestros escritores”.

Culpado por imprudencia y temeridad en algunas cuestiones bíblicas, sufrió la cárcel en Valladolid. Una vez liberado después de cinco años de estar acusado de herejía por el mismo tribunal de la Inquisición, Fray Luis de León retomó en el aula sus clases, pronunciando la famosa frase: “Heri dicebamus” (como decíamos ayer), continuando de esta manera la lección interrumpida cinco años antes (*Fascino di Spagna*, p. 414).

Tras estas breves referencias a algún autor literario o a la historia, Ziliani retoma, también él, como Fray Luis, su discurso anterior y se centra en describirnos lo que tiene delante: la capilla, el piso superior y la biblioteca de la Universidad:

La capilla, que funciona como iglesia parroquial para la Universidad, es espaciosa y artística. En alto en el altar destaca bien visible la frase bíblica: *Initium*

sapientiae timor Domini. En el doble banco cubierto de terciopelo, bordado con los escudos reales y pontificios, toma asiento el cuerpo académico en las solemnes ceremonias anuales. A un lado se encuentra la tumba de Fray Luis de León y colgado en una pared con un rico marco está el diploma de doctora, concedido el año anterior a Santa Teresa, firmado por el rey Alfonso XIII y por el rector magnífico el doctor Luis Maldonado.

En el piso superior la decoración recuerda a la fachada. En la escalera monumental, en las galerías, en los estípites, el simbolismo ha tenido un juego fácil para animarse en la piedra, dócil al cincel. Sin embargo, el techo es un cielorraso de casetones.

La biblioteca contiene 150.000 volúmenes, incunables y manuscritos, algunos de gran valor literario e histórico, como una biblia del siglo XIV, transcrita con una caligrafía tan nítida y simétrica que parece de imprenta. El anónimo amanuense, un calígrafo especialista, terminó el trabajo paciente regalándonos en la última página un *Regina Coeli* en música, casi para felicitarse también él por haber terminado. (*Fascino di Spagna*, pp. 414-415).

Luigi Ziliani termina su descripción de la Universidad en la sala del tesoro: “En la sala del tesoro las arcas vacías con sus tapas laminadas en hierro abiertas de par en par, como fauces quemadas por una larga sed. Los cinco millones en oro de la dotación universitaria fueron confiscados por el Estado que dejó a Salamanca los cajones como recuerdo de los buenos y áureos tiempos” (*Fascino di Spagna*, p. 415).

Una visita a la Universidad que, como hemos visto, ha sido muy pormenoriza y llena de reflexiones personales por parte del autor, lo que le lleva a concluir: “Es esta la Universidad célebre que ha dado un nombre mundial a Salamanca, llamada Atenas por ser madre de virtud, de ciencias y de artes” (*Fascino di Spagna*, p. 415).

Pero su curiosidad por la Universidad salmantina no se ha visto satisfecha todavía: ha visitado el edificio, conoce algunas de sus costumbres, pero quedan algunos aspectos en los que quiere profundizar: la historia esta Universidad desde el siglo XII hasta el momento en que nuestro viajero la visita, en los años veinte:

Ya en la fachada y un poco en todas partes, en el atrio, en las aulas, habrá notado escudos de reyes y de papas. Precisamente son los sellos de fundación que le confirman el título honorífico de Universidad Pontificia y Real. Su certificado de nacimiento remonta al siglo XII, el siglo de San Francisco de Asís, de las cruzadas y de la caballería. Alfonso IX, rey de Castilla y León en 1171 le dio vida a la sombra de la catedral. Fernando III, el Santo, la dotó de rentas, Alfonso X le concedió otras facultades, los Reyes Católicos la enriquecieron con privilegios. La universidad gozaba del foro judicial también para los delitos de sangre y los estudiantes estaban exentos de tributos ciudadanos. El Papa Bonifacio VIII, con la bula del 9 de octubre de 1298, le concedió el título de Pontificia y permitió que la tercera parte de los diezmos eclesiásticos se le devolviera a la universidad, consiguiendo

que, con la protección papal, creciera su prestigio. El rectorado era entonces una dignidad ante la que se inclinaba incluso la corte. La elección del rector magnífico se hacía por sufragio universal de los profesores y alumnos. Principio democrático que se puso en práctica hace ya siete siglos. El rector era un rey en su reino de estudios y tenía que gobernar a un pueblo goliardesco.

Cada día había un altercado que arreglar y muchas veces ocurrían serios conflictos entre los estudiantes y ciudadanos y corría la sangre. Por eso, era necesario aplicar el código penal y las relativas sanciones. El estatuto es un tratado de sabia organización social. Entre otras cosas, prohíbe llevar armas bajo pena de excomunión; están prohibidos los vestidos de seda y de piel, no se admiten cabalgaduras de cualquier tipo; está descrito también el corte de barba y de pelo, la uniformidad del uniforme escolar, prohíbe propinas y regalos a los profesores. Existía también la ley de alojamientos y, para evitar abusos en una ciudad abarrotada de estudiantes, vigilaba una comisión de control sobre los alquileres y se aplicaba el precio público. Funcionaba también un hospital con doce camas. De todo esto se encarga el tesoro de la Universidad, también de los funerales (*Fascino di Spagna*, pp. 415-416).

A Ziliani le interesan también las cifras –número de estudiantes, de conventos, de cátedras– y el nombre de los alumnos y profesores más prestigiosos que por esta Universidad han pasado a través de la historia:

En el año 1585 se llegó al máximo de 14.000 estudiantes, de los cuales la mitad estaban matriculados y los otros eran oyentes. Todos se inscribían en la universidad para gozar del *Jus Fori*. Salamanca, invadida por una multitud brillante y despreocupada, tenía que parecer una ciudad en carnaval. Además de las casas, estaban llenos los conventos y los seminarios. Para Salamanca el 25 es un número cabalístico: de hecho había 25 monasterios, 25 conventos, 25 colegios seminarios, 25 parroquias, 25 canónigos en cada capítulo y el puente romano sobre el Tormes tiene 25 arcos. Siglo de oro fue el XV. Los nuevos descubrimientos científicos de la brújula, de la pólvora pírca y, especialmente, el descubrimiento del nuevo mundo revolucionó el ciclo de los conocimientos y se elevó el número de las cátedras hasta 73. Entre las enseñanzas científicas, técnicas y artísticas se encontraba también la música y el canto llano. Las lecciones duraban 11 meses y se tardaba por lo menos cinco años en acabar cada facultad. Para que tenga una idea de la importancia de esta universidad en todos los tiempos, le citaré los nombres de los más insignes alumnos y catedráticos. El cardenal Jiménez de Cisneros, que hizo la primera biblia políglota; el cardenal Francisco Toledo, primer jesuita purpurado que, a la edad de 15 años, era ya doctor; el cosmopolita Padre Deza, después arzobispo de Sevilla; el estadista cardenal Mendoza; el teólogo Cano; el jurista De Soto; el místico San Juan de la Cruz; un conquistador, Fernando Cortés; Las Casas; un poeta, Fray Luis de León; un filósofo, Suárez; un político, Saavedra; un dramaturgo, Calderón de la Barca; un novelista y escritor de relatos breves, Miguel de Cervantes; un orador, Donoso Cortés, quien con 5 años entró en la educación secundaria, con 12 en la universidad y a los 19 era ya profesor (*Fascino di Spagna*, p. 416).

Hay también un tema que le interesa especialmente y que está también ligado a la historia de esta institución: Colón y su relación con la Universidad de Salamanca:

Sobre la llegada de Colón a Salamanca las opiniones son muy distintas. En el vecino convento de San Esteban, que veremos después, se muestra una sala donde se dice que Colón debatió sobre su proyecto. Es un hecho, sin embargo, que su teoría de la esfericidad del globo fue ampliamente discutida en esta universidad que era, por otra parte, la asamblea de doctos más grande y autorizada de España; y es cierto también que Colón encontró en el padre Deza, catedrático dominicano, después arzobispo de Sevilla, un válido protector. No fue, por tanto, Salamanca, como se cree erróneamente, la que rechazó el plan de Colón, sino una reunión de geógrafos y de astrónomos convocada pertinentemente por los Reyes Católicos en la corte, la que declarara, tras tres largos años de discusión, que el proyecto era irrealizable. Por el contrario, Salamanca a través de su célebre catedrático dominicano P. Deza y del franciscano P. Fernando Talavera, después arzobispo de Granada, y del cardenal Mendoza, apoyó a Colón y su descubrimiento llega aquí como confirmación de una verdad ya admitida (*Fascino di Spagna*, p. 417).

Hemos asistido a un rápido recorrido por la historia de la Universidad salmantina que llega hasta el momento de la visita de Ziliani, aunque la situación actual no sea la más prometedora, como le confiesa Maldonado:

Estamos reducidos a poca cosa, con sólo cinco facultades: letras, ciencias, medicina, derecho, filosofía y los estudiantes serán un millar. Hoy España cuenta con 11 universidades, además de muchos institutos técnicos y científicos. Recordando la gloria pasada de la reina de los estudios, orgullo de la nación, célebre en el mundo, seminario de todos los intelectuales, no se puede por menos de decir: *Sic transit gloria mundi* (*Fascino di Spagna*, p. 417).

Un monumento que Luigi Ziliani no podía dejar de visitar es la iglesia de San Esteban y lo hace, acompañado siempre por Luis Maldonado, en una hora que hará relucir el convento de una forma especial, al caer la tarde:

“Resplandecía en el cielo el fuego del atardecer y el sol moribundo revestía la hermosa fachada con un manto de oro, posando delicadas caricias en la elegante puerta monumental y revelando ignoradas sinfonías de colores. Vista de frente es maravillosa.

Un arco soberbio la encierra como en una hornacina poblada de estatuas y de medallones enmarcados con ricos frisos. El arte la ha trabajado como una lámina y los grupos parecen fundidos en el bronce dorado. La fantasía se ha desenfrenado en los detalles más delicados y caprichosos. El sol se infiltra en los bordados sutilísimos y en el juego de sombra resaltan mejor las maravillosas tramas decorativas. También aquí el simbolismo ha armonizado la idea con el estilo, uniendo arte, habilidad, fantasía. En el fondo del tímpano central se encuentra el altorrelieve

del martirio de San Esteban. Es obra de cincel italiano. Leo, esculpido sobre una piedra por los propios lapidarios, el nombre del artista: "Giovanni Antonio Ceroni. Anno 1610".

El interior amplio con una sola nave reproduce los motivos del Gótico en las columnas, en los arcos, en los cordones de las bóvedas que se abren en el medio para lanzar todavía más arriba la bella cúpula octagonal.

Lo más imponente de todo el conjunto es el altar mayor. Es la obra de arte de un genio fantástico. Expresa verdaderamente la idea del triunfo, como un arco de entrada en el cielo de la gloria. Gigantesco como mole, estupendo por el arte, reluciente de oro. Una obra de dos siglos y medio, pero que parece de ayer. Las dimensiones colosales se confirman con una cifra: se dice que para construir el altar se emplearon cuatro mil alerces cortados en los bosques del Duque de Alba. Entre seis columnas salomónicas serpentinadas se asoman una docena de santos de grandeza natural: un pequeño templo muy adornado se encuentra en el centro. Ese altar está bien incluso en casa de otros, es decir, bajo las bóvedas góticas. Original el arco que sostiene el coro, colocado en su lugar, es decir, en el fondo de la iglesia encima de la entrada. El arco, que se presenta casi aplastado, es un milagro de la ingeniería arquitectónica. La apoteosis de la Iglesia en el fresco de la bóveda es de nuestro Palomino que se firma "Regio Pintor" (*Fascino di Spagna*, p. 418).

Junto a la iglesia el claustro cuadrado, ojival, adornado con frisos y de estatuas. El jardín en el medio aporta una nota de alegría también entre las paredes severas de un convento. Aquí el ejército de Napoleón llevó a cabo sus habituales proezas, robó lo que pudo y el resto lo mutiló sin piedad.

Se me ha indicado un salón llamado del *De Profundis*. Se dice que Colón dio allí una conferencia sobre su proyecto. Pero nadie lo cree. Se trata de tradiciones poco serias como la popular del huevo. Sin embargo, existe una carta en la que Colón afirma que "gracias al convento de San Esteban se descubrió el Nuevo Mundo"; e, indudablemente, él quería señalar así la constante protección que tuvo por parte del Padre Deza y de los otros dominicanos.

En el plano superior del convento existe una galería con cuadros: de esta manera, paso revista a reyes, obispos y frailes. Entre los reyes encuentro también al desafortunado Amadeo de Saboya y, entre los religiosos, me llama la atención una figura ascética, con el ceño fruncido, severa, con la mirada penetrante, fija, glacial. Leo debajo: "Torquemada, gran inquisidor general" (*Fascino di Spagna*, p. 419).

Como le ocurre a menudo, una inscripción, un cuadro, una imagen, trae a la memoria de nuestro viajero italiano hechos que ocurrieron en el pasado, leyendas con más o menos base histórica que le sirven de enlace también para la reflexión. El cuadro de Torquemada le inspira mucho más que Amadeo de Saboya: "Cuántos recuerdos históricos me despertaba ese nombre, frito y refrito en todas las salsas de la fantasía de una literatura ligera. Torquemada, Inquisición, *Auto de fe*, torturas, quemados vivos, etc., capítulos de terrorismo negro, barbaries medievales para enterrar España y la religión bajo la avalancha de la leyenda de sangre y de fango" (*Fascino di Spagna*, p. 419). La Inquisición y la leyenda negra que se forjó sobre

ella interesan a Ziliani de forma especial y es a ella y a su intento de echarla abajo que se centra en las siguientes páginas, un magnífico resumen de lo que fue y ha significado la Inquisición en España.

Tras describirnos pormenorizadamente los tres grandes monumentos salmantinos –la catedral, la universidad y San Esteban–, Luigi Ziliani pasa revista a otros tres buenos ejemplos del patrimonio artístico de nuestra ciudad: el palacio de la Diputación provincial, el de Monterrey y la Purísima. Al hablar de estos monumentos, el visitante italiano nos deleita con anécdotas y con alusiones a la historia que a veces no es la que ha pasado a los libros:

El palacio de la Diputación provincial es digno de ser recordado por su bonita estructura arquitectónica que explica en parte también su origen legendario. A la boda de Felipe II y la infanta de Portugal acudieron todos los grandes de España. Desde la lejana Galicia llegó doña María de Ulloa, pariente del cardenal Fonseca, ilustre mecenas de toda obra buena y bella en Salamanca. Todos los palacios patricios bullían con huéspedes, pero para doña María de Ulloa no se abrió ninguna puerta. El Cardenal Fonseca creyó que tal ultraje se dirigía a él y decidió construir enseguida un palacio que oscureciera a todos los demás y los pusiera a sus pies. Y lo consiguió de verdad. Si la parte exterior es maravillosa, el interior es sublime. Es más, lo más curioso del palacio está precisamente allí dentro. La galería interna se apoya en 16 cariátides que representan burlescamente a los 16 adversarios descorteses. Cada figura se muestra ridículamente torcida y se pierde la extremidad en forma de coma o punto de interrogación. Sobre la figura humana se encuentra la cabeza de una bestia horrible que representa el vicio predominante en cada personaje. El arte ha interpretado maravillosamente la pasión flagelando con el ridículo a los adversarios.

El palacio de Monterrey del duque de Alba es, por el contrario, una excentricidad futurista. En los encajes volubles, la piedra está modelada como si fuera cera para representar con detalle una danza de enanos o una fosa dantesca. La fantasía llega al colmo de lo grotesco.

En la iglesia de las Agustinas encontré un cuadro clásico de Ribera. El pintor de las caras pálidas, de los cuerpos esqueléticos, de las caras descompuestas por grandes dolores o rígidas penitencias, nos ha dado la sorpresa de una Inmaculada estática. No es verdaderamente la sonrisa cándida de Murillo, pero se encuentra en ella el candor de una virgen majestuosa como matrona, gloriosa como reina. Librada en el aire, en una luz dorada, sube al cielo en una fiesta de ángeles. Decididamente es una revelación la de la Inmaculada del “Spagnoletto” (*Fascino di Spagna*, p. 425).

La visita a Salamanca termina con una excursión a uno de los pueblos con más historia de la provincia, Alba de Tormes:

He completado mi estancia en Salamanca con una visita a Alba de Tormes, donde se conservan tantos recuerdos de Santa Teresa. Esta pequeña ciudad de

cuatro mil habitantes se encuentra a 25 kilómetros y surge en un alto a cuyos pies discurre el Tormes, el mismo río que baña también Salamanca. La que por su temple enérgico, por la intuición segura, la decisión rápida y la firmeza en sus propósitos, unida a una vasta cultura y a un profundo sentido del misticismo real, se puede comparar con nuestra Santa Catalina de Siena, pasó la mayor parte de su vida laboriosa y santa en el convento de las carmelitas anexo a la iglesia. Todavía se puede ver la celda donde Santa Teresa murió y la reproducción plástica de su muerte es impresionante. En los preciosos relicarios se conserva todavía el corazón transverberado de la Santa y el brazo derecho flexible.

Volviendo a Salamanca, se piensa en estos colosos de la Iglesia católica que han dejado huellas de luz y de bondad. Son las piedras miliarenses en el camino glorioso de la civilización cristiana (*Fascino di Spagna*, p. 426).

La visita a Salamanca ha tocado a su fin. Desde la estación observa por última vez la ciudad que le ha recibido calurosamente:

La ciudad rosada relucía ya en la gloria del sol cuando el tren silbó que partía. Fuera de la marquesina se distinguían perfectamente las siluetas de los palacios patricios, las cúpulas y las agujas de las iglesias; los altos campanarios, llenos de pináculos crestados, subían tan alto como las antenas de las naves en medio del mar verde. Todos los recuerdos más dulces se agolpaban entonces en mi mente (*Fascino di Spagna*, p. 427).

Termina así el viaje a Salamanca desde el tren, como cuando llegó una semana antes. Ahora el viaje continúa hacia el norte. Su próxima escala: Valladolid.